

LA CRÓNICA: EL RETORNO A LOS ORÍGENES

Anuar Saad S.¹

La realidad mediática en que se desenvuelve el periodismo de hoy, está obligando cada vez más a, paradójicamente, retornar a las raíces. Ya Marco Polo, en el siglo XIII, había recopilado buena parte de sus viajes, conquistas, descubrimientos y vivencias, en un interesante libro que dio a conocer las diversas culturas que entonces habitaban el planeta. “*El libro de las Maravillas*” era prácticamente una recopilación de vivencias narradas en innegable forma de crónica y que todavía hoy, ocho siglos después, sigue teniendo gran vigencia.

Hasta hace unos lustros, se consideraba que la crónica no podía romper el esquema de la narración temporal o cronológica. En ese mismo camino, Heródoto recopiló en sus interminables viajes, costumbres, formas de vida, razas y problemática de la humanidad en ese entonces. A este último se le conoce como el padre de la historia, pero por sus dotes de compilador y facilidad de narración, algunos se atreven a llamarlo también como padre del periodismo.

Hoy, muchos siglos después, el periodismo, o más propiamente los medios de comunicación, —como lo señalé en la presentación— están oficiando como libros de historia que se actualizan día a día. Lo curioso es que cuando la tecnología avanza y parece atrapar al medio que por sus características es menos inmediato, éste mira atrás y rescata el más antiguo género narrativo por excelencia: la crónica.

¿Quién no queda a merced de una buena historia? ¿Quién no ha suspirado, llorado, emocionado o amargado al leer una narración excitante? La narración en la prensa moderna debe representar imágenes. Recrear escenas. Utilizar la complejidad de los personajes y sus diálogos para darles vida a los sucesos, hechos y situaciones. En ese sentido, la narración mediática es una especie de Sherezade que cada día, con la emisión matutina, mantiene en vilo a los lectores que esperan con ansías el nuevo día...para saber como ha avanzado la historia.

La narración es tan efectiva en atrapar adeptos, que la misma Biblia está plagada de ella. De hecho, el viejo y el nuevo Testamento son una sucesión de crónicas que cuentan la vida y milagros de los bendecidos por Dios.

Hoy estamos presenciado diversos modos de nuevo periodismo como el de suplantación y el de inmersión. Como estos, existen diversas estrategias para poder contar una historia. Omar Rincón, en su libro “Técnicas de narración mediática”, señala al respecto que “...*todos buscan rescatar el sujeto, encontrar imágenes poéticas y lograr el efectismo narrativo. Cuánto más innovadoras sean las fórmulas periodísticas, mejor se contará la realidad; esta parece ser la norma para revistas como Soho (Colombia), GQ, Esquire, Vanity Fair (Estados Unidos), TXT (Argentina) o Man (España)*”

Tanto si somos estudiantes o periodistas en ejercicio, debemos ser conscientes de una sola realidad: podremos ser recordados en la medida que nuestros textos tengan poder narrativo. Lleguen como una flecha al lector. Impacten en los sentidos y tenga un amplio espectro de representación de una realidad con todos sus personajes, lugares y situaciones.

Cada vez el interés humano en los trabajos periodísticos se vuelve más necesario para dar rienda suelta a la narración. Y por ello la crónica tiene indudablemente su razón de existir.

La crónica se debate entre, como dice Daniel Samper Pizano, “el cuento de la abuela” y el rigor periodístico. A pesar que requiere de preparación, investigación y observación, mantendrá su ancestral fórmula narrativa similar a la del abuelo que arrullaba a su pequeño nieto con cuentos fantásticos a la hora de dormir. La Crónica es simbiótica con la literatura. Inherente a ella. Recoge de ésta toda su estética para presentar, en forma de relato breve, una historia que puede o no, estar condicionada por la ocurrencia de un hecho noticioso. Y es esa precisamente una de las mayores riquezas de la crónica: ser intemporal.

Hoy los estudiantes se devanan los sesos tratando de identificar si lo que acaban de leer es una crónica o un reportaje. ¿O acaso un perfil? ¿O una entrevista matizada? Las fronteras periodística se han ido borrando en la medida que la narración lo está exigiendo todo. Colonizando espacios. Haciendo más necesaria la interpretación, la valoración de hechos y el manejo de una ética y juiciosa subjetividad. Tendríamos que hacer un curso acelerado de

magia para determinar con exactitud si una pieza periodística es en realidad una crónica o un reportaje. El único resquicio de identidad que queda, es que el Reportaje está más ligado a la noticia. Como alguna vez dijera Gabriel García Márquez: “El reportaje es una noticia llevada hasta las últimas consecuencias”. De ahí, claro está, “Noticia de un secuestro”. ¿O era una crónica?, en fin...

Resurrección y evolución

La crisis del periodismo mundial tiene sus causas en una diversidad de fenómenos ya establecidos por los hombres que cultivan las ciencias sociales y económicas; pero, hay una razón que se destaca por encima de todas: la globalización, una inesperada circunstancia que ha venido a subvertir un orden de cosas y a obligar al replanteamiento de las costumbres y de la vida misma.

En el campo de las comunicaciones, y en particular la prensa escrita, la crisis se ha visto agravada por el sacudimiento que ha golpeado a los diversos géneros del periodismo, en especial la noticia. En realidad, la noticia se había tomado a los medios escritos del mundo. Era (¿es?) el recurso que invadía las páginas de los periódicos, desde las secciones locales y nacionales hasta las internacionales, políticas y deportivas.

No obstante, la magnitud de la crisis obligó a una especie de reacomodamiento de la información desde el punto de vista de la manera de expresarla. El primer gran salto lo produce el cambio de rumbo en las ediciones dominicales de los periódicos, antaño ignoradas o maltrechamente producidas, pese a la existencia de un mercado ávido que se cansaba cada vez más del tratamiento de los hechos cotidianos, en los días comunes de semana, y prefería, de manera creciente, otras formas de comunicación a la que respondían perfectamente la radio, la televisión y la Internet.

"Estoy absolutamente convencido de que en la situación en que está hoy el periodismo en el mundo, una gran esperanza de los periódicos escritos contra la fuerza de la televisión y la radio y otros medios informativos, para recuperar el interés de los lectores que sin duda está

decaendo todos los días, está en las ediciones del domingo, cuando el lector tiene más tiempo para leer", afirmó el Premio Nobel de literatura, Gabriel García Márquez, periodista de tiempo completo y uno de los más fervientes impulsores de los géneros estrellas del periodismo moderno.

Las ediciones dominicales fueron transformándose gradualmente a partir de la incorporación y recuperación de géneros entre los que la crónica jugó un papel primordial. Fue como el regreso a la semilla o el viaje a los orígenes; pero, con el agregado de una prosa moderna, resultado del gran *boom* de la literatura latinoamericana, cuyo estallido se podría situar a mediados de la década del sesenta.

A partir de esa fecha, o unos años más allá, la crónica adquiere un nuevo rostro, sobre todo en el terreno del estilo, de la estética, es decir, del transcurrir narrativo a partir de acciones. Es, por supuesto, la influencia de la literatura, cuya irrupción en la década mencionada alcanza un elevado grado de universalización y reconocimiento sin antecedentes históricos conocidos. Muchos de los representantes de ese *boom* alternaron, en una etapa de sus vidas, el trabajo de cronistas con la febril actividad de escritores en ciernes.

Gabriel García Márquez (el ejemplo que más abunda al hablar del binomio periodismo-literatura), nos dejó como legado el libro *Relato de un Naufrago*, crónica espectacular que constituyó una serie periodística publicada en el diario El Espectador de Bogotá en los años cincuenta. A partir del recurso de la primera persona, García Márquez lleva de la mano al lector y lo hace recorrer los caminos inverosímiles que transitó el marino Luis Alejandro Velazco, luego del naufragio en mitad del mar.

Mario Vargas Llosa (otro ejemplo clásico, pese a que su obra periodística de la adolescencia no está recogida en textos), escribió innumerables crónicas entre las que se destacan las judiciales, área que dirigió en varios diarios de su natal Lima, años antes de radicarse definitivamente en Europa. Esos trabajos, al igual que las semblanzas -mitad crónicas, mitad entrevistas- que realizó con escritores de su tierra, demuestran el cordón umbilical entre el género periodístico y el literario en mención.

Es importante recalcar que un cronista es un escritor que establece un puente directo entre el lector y el periodista a través de historias, evocaciones, recuerdos, personajes, lugares, hechos o situaciones, trabajados con la acentuación del relato, ese fluir narrativo que desplaza imperceptiblemente las acciones frente a los ojos y la imaginación del ciudadano consciente.

En condición de escritor, el cronista hace uso de las técnicas propias de la literatura, y fundamentalmente, de su prosa exquisita que es, a la larga, lo que permitirá la adicción del lector a aquellos detalles que desfilan como una sucesión de escenas que despiertan los más disímiles sentimientos.

Lo anterior permite afirmar, entonces, que la crónica plantea un mayor grado de exigencia que los demás géneros periodísticos. Ello es así, en tanto que la materialización de la crónica requiere de varios pasos de envergadura, entre ellos, el trabajo de reportería.

El tema y el periodista

Crónica es sinónimo de autosuficiencia, en el sentido que debe sostenerse por sí misma. El cronista debe ser lo suficientemente audaz para mantener cautivo al lector y permitir su "liberación" sólo al final del relato, cuando la historia ya ha sido degustada y asimilada a través de la multiplicidad de sus detalles. Y como la expresión concreta de éstos hace de la crónica un género esencialmente informativo -con las correspondientes recreaciones y envolturas estéticas y narrativas- de ahí la necesidad de una labor de reportería que bien podría alcanzar los límites de la "saturación". Es, en otras palabras, el llamado superávit de información: un porcentaje de material obtenido en el trabajo de campo, superior al que va a ser utilizado en la conformación de la crónica.

Para la crónica, a diferencia de la noticia, sólo es válido uno de los seis interrogantes fundamentales: *¿por qué?* Pero, no en el sentido propio de la noticia pura, sino visto en la perspectiva del cúmulo de preguntas que se plantea el cronista en su etapa previa de escritura. Digamos que es la disyuntiva del cronista: un *por qué* de gran tamaño y un tema

rigurosamente delimitado nos acerca al tipo ideal de crónica. Con esto último, estaríamos frente al llamado primer plano o aproximación de la cámara hasta los blancos buscados u objetivos perseguidos.

"¿*Por qué* me fascina?", vendría a ser el primer interrogante del cronista. A partir de allí devienen múltiples *por qué* más a los cuales se les irá dando respuesta en el transcurso de la crónica, y serán mostrados al lector mediante un desarrollo que hace comparable a la crónica con una obra de teatro donde los personajes cobran vida y se mueven con entera libertad en medio de un eje que permitiría constituir el corazón de la historia. Por ser así, la crónica presenta un carácter de intemporalidad, en el sentido de que el mismo placer gratificante lo otorga su lectura hoy o la que se haga dentro de diez años. Y he aquí otra de las marcadas diferencias con el reportaje. La crónica se perpetúa a través de los años, prevalece y logra salir indemne frente a los estragos del tiempo. Una crónica sobre el humo del tabaco de Luis Tejada puede ser leída, en estos días, con la misma complacencia que cuando fue publicada en sus tiempos ya lejanos.

Ya se ha dicho: no hay temas buenos ni malos, sino buenos o malos cronistas. El sombrero, las sillas Luis XV, el teléfono, el computador, la Internet, las vallas publicitarias, los relojes desechables, una tragedia, un premio de la lotería o una región geográfica podrían ser -y de hecho han sido- material valioso para la elaboración de crónicas. Aún temas marginales no recomendados por su intrascendencia y "agotamiento" -la prostitución, el gaminismo, etc.- cobran vida a partir del trabajo de un buen cronista. Y tal cronista la prolonga en el tiempo con la fuerza de su narrativa y manera peculiar de abordar el tema, el hecho, la circunstancia o el lugar.

Podemos resumir esto en una frase sencilla, pero que encierra una gran verdad: en la crónica el lector privilegia más el cómo y quién lo dice...que el qué se está contando. Por ello temas, que en forma aparente no son muy relevantes ni guardan un gran interés noticioso, pueden convertirse en verdaderas joyas dentro de este exigente género periodístico.

Ya hemos anotado que la crónica experimentó su gran transformación a partir del vuelco que se produjo en la literatura latinoamericana a mediados de la década del sesenta. Sin

embargo, no fue sólo esa circunstancia la que permitió el cambio de rumbo. Mucho antes -diríamos décadas- la crónica estaba cruzada por los recuerdos, elemento primordial que alcanzaba primeros planos con el agregado de una prosa descriptiva, en ocasiones estática, que, a su vez, facilitaba la aparición de las añoranzas en el lector. Pero faltaban dos ingredientes que, por fortuna, son tenidos en cuenta hoy por los cronistas más representativos de la prensa iberoamericana: la entrevista y la investigación.

La primera -entrevista- hay que verla como el gran apoyo. De hecho, algunos especialistas y escritores-periodistas la asumen como un sustento fundamental de los demás géneros y no como un género en sí mismo. Aparte polémicas, la entrevista es un ingrediente previo e imprescindible para la elaboración de la crónica, hoy concebida a partir del protagonismo visible de personajes que "mueven" la historia.

La investigación constituye un proceso. Viene a ser un trabajo cuidadoso, similar al que realiza un detective en su búsqueda para establecer la verdad. Esta investigación periodística tendrá su gran resultado en el volumen informativo, en la recreación, en la presencia de detalles y en todos los elementos "concretos" que constituirán la base para el desarrollo narrativo.

Hoy, más que nunca, la crónica es una exigencia de la prensa contemporánea. El primer paso se ha dado con el nuevo esquema impuesto en los periódicos dominicales donde es visible la presencia del género.

Crónica y narración: principio y fin

La crónica es el género de mayor antigüedad en Latinoamérica. Su aparición tiene como soporte la literatura; sobre todo las situaciones contadas como relatos y apoyadas en el despliegue de fantasía realizada por los escritores que referían hechos de ficción, y donde el paisaje y las historias constituían la base de la obra escrita.

Los estudiosos y especialistas del género hablan de medio siglo de oro de la crónica en algunos países y lo respaldan con una pléyade de cronistas que alternaron su actividad con

la producción de novelas, poesías y cuentos, o con la labor periodística a través de las columnas de opinión. Al respecto, señala Maryluz Vallejo Mejía:

"Muchos (cronistas) oficiaban de poetas; de ahí el aliento poético que subyace en estas breves piezas, y que también trato de rescatar en su estado más puro, cuando ya los cronistas le habían torcido el cuello al lirismo. Otros eran filósofos sin pretenderlo; dejaban caer sus tesis sobre lo divino y lo humano, sin ánimo de pontificar, con la certeza de que esas palabras profundas terminarían en las profundidades del cesto de la basura... De cualquier manera, es de admirar la capacidad de los cronistas para comprimir un paisaje, la catedral del pueblo, un discurso parlamentario o un episodio callejero en una superficie literaria de quince centímetros cuadrados; o de discurrir sobre los más metafísicos, escatológicos o terrenales asuntos en un espacio tan reducido. Valga mencionar el proceso de descomposición de una pierna que narra con crudo hiperrealismo Próspero Morales Pradilla".

Las crónicas de muchos de muchos autores permiten hablar de antecedentes directos del género. Los pioneros se caracterizaron por el soplo poético de sus relatos y la sobriedad narrativa que correspondía a la manera como se expresaba la literatura de la época.

Ya en García Márquez, Cepeda Samudio y Rojas Herazo –caso colombiano-- encontramos un tipo de crónica más acorde con el desarrollo de la literatura que se prolonga, alcanzando formas aún más avanzadas en estructura y técnicas narrativas- quienes aprovechan la sucesión de hechos estremecedores o situaciones curiosas, y el progreso de la literatura latinoamericana con la intención marcada de engrandecer un género que ha venido a cobrar una vigencia inusitada. Y todo ello, sustentado en lo que hemos llamado el arte narrativo.

Una croniquita, por favor...

El lector de hoy ya no debe ser un limosnero de narraciones.

Los medios –llámense prensa, radio o televisión—están en la obligación de contar y bien, las historias que éstos quieren saber. Hoy la narración es inherente al oficio del periodista,

como el hábito lo es para el monje. Los periodistas “memorísticos”, capaces de empezar cualquier *lead* de la misma forma con datos, detalles, cifras y los consabidos “dijo qué”, “señaló”, “agregó” y “concluyó”, están mandados a recoger. El esquema rígido y estructural de la pirámide invertida ya no funciona en este tipo de periodismo, donde la narrativa, de la mano con lo que se interpreta y se valora, es lo que determina el interés del lector.

No hay duda que el sistema de la pirámide enseñó a casi todos los hoy periodistas a escribir correctamente sus noticias y todavía sirve para ello. Pero lo imperdonable, es quedarse en ese eslabón de inicio y no trascender hacia el estilo de la narración periodística. ¿Quién no recuerda las páginas económicas de los diarios de hace diez años como una tortura inhumana? Leer –o entender– una noticia económica era casi como asimilar el sánscrito (con el perdón de colegas que siempre han podido entenderlo, interpretarlo y narrarlo). Hoy –gracias a Dios y al periodismo narrativo– las notas económicas son más ágiles, didácticas, ejemplarizantes y comprensibles. En esa vía debe transitar el periodismo moderno. La crónica no tiene temas exclusivos. Todo, desde el humo del tabaco, el nudismo en una playa exclusiva hasta las víctimas de la violencia, puede ser expuesto a través de este género periodístico.

Uno de los aspectos fundamentales de la crónica es la forma en que trabaja el cronista para reconstruir el escenario de los hechos. El detalle en la narración, el buen ojo de observador experto y no dejar de lado la libreta de apuntes, son requisitos a tener en cuenta al momento de adentrarse en el trabajo de campo.

Sobre este género –el máspreciado del periodismo– el laureado escritor y periodista barranquillero Alberto Salcedo Ramos (recientemente ganador del premio Ortega y Gasset), señala que “...para la elección del tema en la crónica, es importante tener en cuenta que este puede ser noticioso, afectar al mayor número de personas o ser actual para que le interese a la gente y cause curiosidad en la opinión pública. Además, debe ser un tema en donde se experimenten conflictos consigo mismo y con su entorno. De acuerdo con lo anterior, se debe lograr que el personaje, gracias a esos conflictos, exprese sus emociones

para hacer humanos las cifras y los simples datos. En otras palabras, para darle un rostro humano a la noticia”

Finalmente, uno de los periodistas más representativos del mundo en el manejo de la narración periodística, Jon Lee Anderson, advierte sobre el peligro de encerrar al periodista dentro de la sala de redacción. Para él, “el escritorio de una redacción puede ser muy confortable y estar dotado de la mejor computadora, pero no es el lugar más adecuado para producir una historia (...) ya que el periodismo no cumple su función si mira a los naufragos desde la cubierta de un barco seguro, tomando fotografías de los que se ahogan, a prudente distancia”.

El renombrado periodista de guerra es enfático en señalar que “al lector hay que atraparlo desde el comienzo de la crónica, con la presentación de un conflicto, de un problema que también lo puede afectar, ofreciéndole personajes que sufren o son felices con las mismas cosas que le suceden a él. El periodista debe invitarlo con escritura atractiva en el primer párrafo y luego llevarlo de la mano a lo largo de todo el relato”.

¹ Periodista y escritor. Profesor de Tiempo Completo de la Universidad Autónoma del Caribe.